

manos de extranjeros, si se exigió la dimision del Sr. Parra haciendo recaer el nombramiento en la persona del Sr. Ortega, no se hizo mas que sembrar la semilla de donde debian brotar mas tarde las glorias de Peñuelas, Silao y Calpulalpam.

Jamás se han salvado los países con un trámite, y las leyes nunca son las fórmulas.

Hasta ahora hemos visto los preliminares, hechos pequeños si se quiere, pero que era sin embargo, preciso enarrar para no dejar incompleto el cuadro que trazamos.

Pero el interés crece: vamos á entrar en esa lucha de Titanes, que solo por ingratitud no se ha vuelto ni á mencionar casi por la prensa, desde que se ocupó la capital de la República. Por eso México no tiene glorias, porque no tiene historiadores, cuando abundan en nuestro suelo y en las distintas faces de nuestras luchas intestinas y extranjeras la abnegación, el valor, el patriotismo y el heroísmo.

IV.

Al momento que el Sr. Ortega tomó posesion del gobierno, reconoció como centro de toda operacion militar, al Exmo. Sr. D. Santos Degollado, como único representante del gobierno nacional.

A los quince dias habia organizado completamente una fuerza de mil hombres de las tres armas, y elaborado parque, pues no habia un solo cartucho puesto que en la precipitada salida del Sr. Castro, se habia arrojado todo en los fosos de la ciudad.

Para salvar los elementos de guerra, que habia creado el Sr. Ortega, evacuó la ciudad al aproximarse el ejército vencedor de Ahualulco con fuerzas muy superiores y con un inmenso tren de artillería.

Se trataba de ir á Guadalajara para cooperar á la toma de la plaza, cuando una órden del Sr. Degollado previno al Sr. Ortega que permaneciese en el Teul. Entonces quiso el gobernador de Zacatecas juzgar por sí mismo de la situacion y marchó solo y rápidamente á Guadalajara, de donde volvió lleno de fé y entusiasmo por la causa que defendia.

Mandó su fuerza al puente de Toluca para que se uniera con las del Sr. Degollado, y con algunos artilleros y empleados se dirigió á la capital del Estado, libre en aquel momento de la presencia del ejército reaccionario.

Entonces mostró lo que vale como hombre de buena administracion, de energía, actividad y aptitud organizadora.

Pagó los compromisos de dinero que reportaba el erario, y organizó nuevas fuerzas para repeler las gavillas reaccionarias que merodeaban en las pequeñas poblaciones del Estado. Dió á la vez sus tres célebres decretos que caracterizan tan plenamente á su autor.

Fué el primero su ley sobre ladrones sujetándolos al juicio ejecutivo por jurado, y al castigo inmediato, prohibiendo á la vez que los gefes militares exigiesen caballos y dinero sin órden superior.

Para los gastos de la guerra, no queriendo hacer pesar tan fuertes y numerosos subsidios sobre los pueblos, hace que los que reconocen capitales piadosos rediman el 20 p. ∞ de ellos á favor del erario.

Impone severas penas contra los empleados y particulares que ausilien ó sirvan al llamado gobierno de Zuloaga. Suprime las oficinas inútiles, suspende con mano vigorosa y enérgica á los empleados ineptos ó de manejos no muy puros sin atender á su categoría, levanta en fin por todas partes el crédito del gobierno, la confianza nace, y como resultado inmediato, recoge gruesas sumas de dinero para las atenciones de la revolucion.

A los dos meses de su administracion comienza á descollar como un hombre de mérito real, siendo la confianza de los Estados vecinos y la garantía del suyo.

Vienen los desgraciados sucesos de San Joaquin. El ejército federal queda hecho pedazos y algunos restos de las fuerzas de Jalisco al mando del Sr. Herrera y Cairo, hoy diputado al Congreso general, y algunas tropas que habia salvado el Sr. Coronado en Poncitlán entraron á Zacatecas.

D. Joaquin Miramon marchaba entretanto sobre la capital del Estado al frente de 2.000 hombres, de los vencedores en las barrancas. El Sr. Ortega con la poca tropa permanente que habia allí y la guardia nacional, intentó salvar la ciudad, y sale fuera de sus muros aunque solo tenia algunas cargas de parque.

Todos los liberales que rodeaban al gobierno vieron aquel plan como un absurdo irrealizable. El Sr. Lerdo y Sr. D. Leon Gusman que se encontraban allí, se dirigieron al Fresnillo creyendo indudable la pérdida de la plaza.

La fé y la confianza acompañan siempre las grandes empresas, y el Sr. Ortega cree en su causa y espera mucho de ella. Se lanza á las calles, perora al pueblo, lo entuciasma, y se lanza á su frente fuera de la ciudad á esperar al enemigo.

Llega éste al fin á una legua de la ciudad, el gobernador que solo contaba con 700 hombres organizados en tres dias, le presenta hoy un ejército, una masa de diez mil hombres que durante dos dias, sin mas armas que cuchillos y piedras, se bate con una division perfectamente organizada y altanera con sus pasados triunfos.

Dia y noche durante aquellas 48 mortales horas de ansiedad y lucha, recorre el Sr. Ortega las filas, alienta á los soldados, entusiasma al pueblo y no descansa hasta que el enemigo aterrado con aquella resistencia que no esperaba huye, derrotado en el silencio de la noche dirigiéndose á Aguascalientes.

El Sr. Coronado despues de haber cooperado al triunfo, se retira con sus fuerzas para Durango.

Doce dias despues habia levantado una brillante division el Sr. Ortega, reuniendo las partidas dispersas de Nuevo Leon, la que se dirigió á seguir al enemigo rumbo á Aguascalientes, á las órdenes del Sr. Quiroga, cubriéndose de gloria en la accion de Rincon de Romos.

Toma el mando de la division el Sr. Quiroga y ocupa á Aguascalientes, se une al Sr. Degollado, marchan sobre Guanajuato y tambien lo ocupan.

En Zacatecas no habia quedado fuerza alguna.

El ex-general Patron que lo sabe, invade el Estado al frente de una brillante brigada, compuesta de mas de 800 hombres.

Las autoridades y la poblacion proponen á su gobernador que se llame á las fuerzas que habian salido incorporadas á las del Sr. Degollado. El Sr. Ortega se niega y se propone salvar la ciudad con solo la fuerza de su voluntad.

Recurre al pueblo; ese es su gran recurso, porque el pueblo y el hombre de génio se comprenden. El pueblo siempre decidido por la causa de la revolucion, obsequia la apelacion, se presenta en masa y se arma.

La fuerza improvisada sale de la ciudad á las órdenes de otro jefe, porque las autoridades insistieron en que el Sr. Ortega permaneciera en la capital. Quizá dudaban del resultado y querian salvar siquiera al hombre en quien tenian esperanza, y cuya pérdida seria irreparable.

Pero apenas habia marchado un poco, tuvo la fuerza que replegarse á la ciudad porque habia encontrado al enemigo á sus puertas.

Entonces el Sr. Ortega no escucha consejos y se pone al frente de ellas. Sale al encuentro del enemigo, y éste se retira esquivando el combate: tenia muy fresco aún el recuerdo de la derrota de Miramon.

Entonces el Sr. Ortega deja su artillería y sus infanterías, y al frente de ochenta caballos persigue al enemigo durante cuarenta leguas, teniendo pequeñas escaramuzas á cada hora y cada vez que el terreno lo permitia. Si en la defensa de la ciudad hubo heroismo, en esta persecucion con una simple escolta á una fuerza de 800 hombres, hubo locura, vértigo, un no sé qué incalificable.

Ocupa el enemigo á Valparaiso. Algunas horas despues llega el Sr. Ortega á las orillas de la poblacion. La noche era sumamente oscura.

Aprovechando esta circunstancia el Sr. Ortega, á pesar de la opinion de los jefes que le rodeaban y que no comprendian aquella temeridad, divide su fuerza en pequeños grupos, circunvala la poblacion, y al toque del clarin que llevaba cada fraccion, rómpense los fuegos.

El enemigo se cree sorprendido por una fuerza mayor y abandona precipitadamente la poblacion, internándose en el Estado de Jalisco. Aquel puñado de héroes ocupan á Valparaiso.

La locura siguió mas allá. O tal vez Ortega creia que la revolucion se debilitaba con las continuas derrotas que sufrían por otras partes las tropas liberales, y que solo á fuerza de audacia podria recobrase el prestigio perdido.

Sigue al enemigo, que aunque desmoralizado cuenta con mayor número de hombres, y á los dos dias se avista con él.

Cuantos rodeaban al gobernador de Zacatecas, entre ellos el Sr. D. Refugio Vazquez, que hoy ocupa un asiento en la cámara, insisten en que no se emprenda el ataque, pues la derrota era indudable. La sed de gloria hace mucho, y Ortega insiste en su proyecto. Solo encarga á sus amigos, que si sucumbe en el campo, el Estado de Zacatecas adopte y eduque al único hijo que tiene. ¡Santo y tierno legado hecho en la suprema hora del peligro!

Los fuegos se rompen. Encarga sus pequeñas fuerzas á los jefes que combaten á su lado, entre ellos el capitan D. Jesus Sanchez Roman, hoy coronel del 1.º de Lanceros. Con unos cuantos hombres manda cortar audazmente el cargamento del enemigo que conducia el parque. Los soldados vacilan ante la superioridad del número; su jefe se lanza casi solo sobre el enemigo firme y sereno en medio de aquel horrible fuego: se alientan los soldados, lo siguen, y una hora despues queda dueño Ortega del campo entero, se apodera de todos los pertrechos de guerra, y hace un considerable número de prisioneros.

Estos son conducidos á la capital del Estado para que fueran juzgados.

V.

Entre los prisioneros estaba D. Manuel Ignacio López, hombre de influencia en el Estado de Zacatecas y que habia desempeñado en él altos puestos.

El Sr. Ortega habia sido su íntimo amigo durante muchos años, y la amistad que se profesaban se hacia cada vez mas profunda y mas tierna: eran dos hermanos no dos amigos, y ningun interés habia separado jamás aquellos dos sentimientos que tan perfectamente se adunaban el uno con el otro.

El tribunal revolucionario condena á muerte al Sr. López, y el fallo es, segun la ley, inapelable.

La sociedad entera de Zacatecas se conmueve, los hombres mas influentes del Estado y de todos los colores políticos se lanzan al palacio, rodean al Sr. Ortega, le piden el indulto del reo, insisten y suplican.

La guardia nacional, hechura del gobernador, y á la que es-

te distingue tanto, personas de la familia del Sr. Ortega, infinidad de señoras, todos á una voz piden el perdón del sentenciado á muerte.

Pero la ley es superior al hombre y su decision es suprema, ningun poder humano puede trasguedirla, ni esquivarla. Mientras la ley existe es inviolable, y lo que sea salirse de ella es destruirla, es romper todo lazo social, y el gobernante que tal hace es un criminal, es un hombre de pasion indigno del puesto que ocupa.

El Sr. Ortega se negó á dar el indulto y mandó que se ejecutara la sentencia.

Tres dias duró aquella horrible lucha: Ortega amaba profundamente á aquel desgraciado, y en su corazon levantaban el grito los afectos mas tiernos: la conciencia del deber habló empero mas alto.

Llega en esto al palacio una carta de López, dirigida á su compañero de infancia. Ortega con los ojos húmedos, y la voz vacilante por la emocion lee en voz alta aquellas sentidas letras. ¡ sublimes palabras son las que lanza un hombre cuando llega á la orilla de la tumba!

Ortega se dirige á la prision de López.

Apenas se ven ambos amigos se abrazan y lloran juntos.

Entónces pasó entre aquellos dos hombres uno de esos diálogos que se debilitan reproduciéndose, idioma único, impalpable, terrible, que tiene su fuerza en la idea, en el jesto, en el acento, y en la situacion. Uno de ellos iba á morir, el otro podía arrancarlo del cadalzo, y llevarlo ileso, lleno de vida y de porvenir á los brazos de su esposa, y en medio de la sociedad que lo pedía.

Peró la ley estaba allí, siempre inflexible, siempre invariable en su fallo. ¿Por qué el poderoso habia de esquivarla, y el hombre obscuro y aislado habia de sufrir todo su rigor?

La hora llegaba de marchar al suplicio.

López agotaba los recursos de la amistad en su expresion mas vehemente para obtener el perdón.

El Sr. Ortega arrebatado, frenético por aquella tencion moral tan horrible, le dice:

—Pues bien, no soy yo quien te condena, ni yo puedo tampoco salvarte. Si despues de haber llenado de sangre y luto á la sociedad por sostener con una guerra sin cuartel, ese motin de Tacubaya tan carente de principios, tan lleno de ambiciones personales y de crímenes: si no tienes el valor suficiente para morir, yo pondré por tí mi pecho á las balas. Admita la justicia la sustitucion, por absurda que sea, pero satisfágase la vindicta pública.

López abraza á su amigo y llora algunos instantes. Se repone al fin, levanta su frente ya mas tranquila, encarga al Sr. Ortega su esposa, su hijo y sus intereses, y se despide de él para marchar al suplicio.

Media hora despues se oyó una descarga: todo habia concluido.

Ortega la oyó desde palacio donde estaba rodeado de todos sus amigos; ni un músculo de su rostro se contrajo, ni el mas leve movimiento reveló su emocion.

Se habia cumplido con la ley.

Este es, repetimos de nuevo, el hombre que se acusa de moderado y débil!

El hecho que acabamos de relatar responde victoriosamente esa ruin acusacion, tan ruin, como que ha salido del palacio nacional de Méjico, de esa cueva de especuladores.

¡Y quienes hablan de falta de energía, de impotencia y debilidad!

Otro rasgo mas.

Miramon va por segunda vez á consumirse en ataques inútiles contra la plaza de Veracruz.

Los Sres. Degollado y Zaragoza sitian á México y estorban la salida de los recursos que debia remitir la reaccion para el Oriente.

Una parte de las fuerzas que llevan estos dos infatigables demócratas la ha organizado el Sr. Ortega. No habia por lo tanto un solo soldado en Zacatecas.

El Sr. Ortega con una rapidez y actividad asombrosas levanta una hermosa division de cerca de dos mil hombres, y sale para ir á proteger al Sr. Degollado, que permanecia en Tacubaya.

Pero en Irapuato sabe los desgraciados sucesos de Abril, y el cruento sacrificio que sin respetar la juventud, la ciencia y la humanidad habian consumado los reaccionarios: escucha con indignacion la noticia de las ovaciones que el clero ha tributado á los asesinos de Tacubaya, entonando un sacrilego Tedeum y engalanando sus templos.

Inmediatamente manda aprehender al clero de Irapuato, le hace vestir la blusa y lo incorporó á las filas de su ejército. Protestaron los clérigos contra el acto y el Sr. Ortega les contestó que era preciso que ese clero que predicaba y santificaba el derramamiento de sangre, supiera personalmente lo que era la guerra civil: quizá así se haria prosélito de la paz; el egoismo era en el caso el mejor consejero.

Llegan los restos del ejército derrotado en Tacubaya, concluyéndolos el Sr. Zaragoza. Convienen este ilustre gefe y el Sr. Ortega en marchar al encuentro del ejército reaccionario que vencedor venia á recobrar las poblaciones del interior.

Pero las ambiciones personales vinieron á dividir á los gefes y el plan no pudo realizarse. D. Santiago Vidaurri quiere que las fuerzas de los Estados se pongan á las órdenes del general Zuazua, y que de no hacerse así mandaria retirar las de Coahuila y Nuevo Leon que operaban en el interior. Ortega rechaza con dignidad tan injustificable tutela; pero no quiere

comprometer la causa de la libertad. Llama á Zuazua y le entrega todas las fuerzas, quedando como un simple particular.

La rivalidad sigue adelante. Zuazua quita á Ortega de donde podia conquistar alguna gloria, y le encarga lo mas odioso sacar recursos para el ejército. Este Sr. acepta porque solo desea servir á su causa y á su patria.

Llegan á Guanajuato: las avanzadas se baten ya con el enemigo. Zuazua entonces insiste en la cuestion de recursos, pide grandes sumas, y el Sr. Ortega viendo lo comprometido de la situacion se presenta en la casa de moneda, exige, con cuanta caballerosidad es posible, algunos fondos de particulares que sabe existen en ella, girando su importe sobre el gobierno general residente en Veracruz, y protestando de una manera solemne que serian pagados en aquella plaza con el interés correspondiente, ó en Zacatecas con todos los productos del Estado.

La suma estraída la puso íntegra en manos del Sr. Zuazua. Inmediatamente este señor se retira del frente del enemigo, se dirige rumbo á San Luis, y remite una fuerte cantidad de dinero para Monterrey.

Ortega indignado manifiesta á Zuazua, que estan haciendo un papel de bandidos, que era muy indigno despues de extraer el dinero, distraerlo de su objeto y esquivar la batalla. Se retiró al punto para Zacatecas.